

volver a darse en otro contexto económico. Y, para ello, aportaciones como las que hace este libro resultan imprescindibles.

Joan Font
jfont@iesa.csic.es

Does Capitalism Have a Future?

**Immanuel Wallerstein, Randall Collins, Michael Mann,
Georgi Derluguian y Craig Calhoun**

(New York, Oxford University Press, 2013)

El tema que reúne a los cinco autores de este libro, todos figuras de referencia de la sociología macro-histórica, es su convicción de que hacia mediados de siglo el capitalismo vivirá una crisis estructural mucho mayor que la actual. Todos afirman asimismo que es difícil predecir sucesos concretos, efecto de voluntades humanas y otras circunstancias igual de inciertas, pero que su dinámica estructural profunda sí puede preverse aproximadamente. Y la del capitalismo alcanzará en décadas próximas un punto crítico, en el que sucesos contingentes podrán tener efectos de largo alcance y cariz muy diverso.

Una aclaración antes de ver la aportación de cada autor: por capitalismo no se entiende aquí la unión de propiedad privada, trabajo asalariado y mercados más o menos libres y competitivos. Estas tres relaciones sociales existieron antes de él y seguramente existirán también después. El capitalismo se define más bien por las instituciones socioculturales que llevan a un inversor a separar de su ganancia como renta o salario de gestión dedicada a consumo o ahorro un *beneficio* que invierte *recurrentemente* en el *crecimiento* de su unidad económica, indefinidamente. Pero ningún sistema puede crecer sin cesar en un medio limitado: con el tiempo alcanza un estado estacionario al nivel que el medio pueda sostener a largo plazo, o colapsa y desaparece. Entre los economistas clásicos, Ricardo preveía un capitalismo estancado a un nivel de vida de subsistencia para la mayoría y Marx el socialismo como sucesor por reforma gubernativa o revolución popular. Esta obra actualiza esas perspectivas.

Immanuel Wallerstein entiende el capitalismo como un sistema que opera según ciertas reglas que dictan su ciclo vital: el beneficio proviene de una situación de ventaja competitiva que permite al productor bajar costes o subir precios respecto a sus rivales; en un mercado competitivo con un sector de crédito, que abarata los «costes de entrada», ese monopolio es breve porque los competidores imitan al pionero y la competencia reduce su beneficio a cero; solo es posible la acumulación si el Estado prolonga esa ventaja mediante patentes y otras normas. Así surgen ciclos económicos largos basados en cascadas de innovaciones técnicas, y ciclos geopolíticos aún más largos de hegemonía de un Estado sobre la economía-mundo. El último, ligado a la cadena de montaje, el petróleo y la hegemonía de Estados Unidos estaría agotándose debido a un factor técnico y otro político.

Primero, el capitalismo no da solución al problema de acción colectiva de renovar sus recursos primarios (incluido el trabajo), crear y mantener infraestructuras de comunicación

y transporte y eliminar desechos tóxicos. Las soluciones individuales son caras y la respuesta histórica es su socialización: el Estado «de bienestar», «de obras» y «conservacionista». Pero, segundo, la nueva izquierda de los años sesenta quiso extender a todo el mundo el máximo bienestar y fue vencida, pero deslegitimó el centrismo progresista dominante. Como secuela, ya nada detuvo el ascenso neoliberal, que busca reducir el Estado al mínimo necesario para mantener el orden y el comercio, en contradicción con la solución al primer problema.

La resultante sobreexpansión de Estados Unidos (guerras de Irak y Afganistán) y la burbuja financiera llevaron a muchas economías «avanzadas» a la crisis de 2008 y favorecieron el auge geopolítico de las «emergentes». Pronto, dice Wallerstein, la globalización igualará el creciente coste de mantener el sistema en todo el globo, y estancará y reducirá el beneficio hasta impedir la acumulación. Cada vez más se necesitará un control central de la economía. Hacia 2050, este puede implicar diversas variantes o combinaciones de control de los grandes oligopolios mediante represión física y manipulación cultural, capitalismo verde socialmente más equitativo, economía ecológica con democracia «horizontal», o una organización política «vertical» dominante.

Randall Collins sugiere el mecanismo inmediato de la crisis. La competencia capitalista crea innovación que reduce la demanda de trabajo y los salarios. Así fue con el sector agropecuario y la industria. Ahora empieza el desempleo y el empobrecimiento de la clase media merced a las tecnologías de la información. El paro podría superar el 50-70% de la población activa pues se cerrarán las vías de escape tradicionales: 1) la innovación tecnológica creará pocos puestos de alta productividad y retribución si la mecanización del estratégico procesamiento de la información los destruye; 2) la expansión geográfica de los mercados lentifica el proceso pero al fin contribuye a destruir y abaratar el empleo; 3) la expansión del mercado financiero crea poco empleo, distribuye valor con gran desigualdad y es intrínsecamente inestable y autodestructiva; 4) la revuelta fiscal de parte de la clase media limita la inversión y el empleo públicos —y la mayoría de este se halla en el menguante sector servicios; 5) coste creciente y rendimiento decreciente del sector educativo contienen la inflación credencialista, que enmascara el paro, sobre todo el juvenil.

Para Collins, esto causará una crisis de subconsumo que ahogará los mercados y provocará una reacción social —quizá de tipo socialista no clásico— hacia 2030-2050. La transición será más o menos violenta, y podrán complicarla diferencias socioculturales locales, conflictos religiosos, étnicos o nacionales, guerras o la crisis ecológica. El resultado final será alguna forma de economía de dirección central que variará cíclicamente, incluyendo más o menos mecanismos complementarios de tipo capitalista y gobernándolos de forma más o menos democrática —con más o menos éxito.

Georgi Derluguian revisa la historia sociopolítica y económica de la URSS y muestra cómo hacia su final era una sociedad industrial semiavanzada regida por la élite de la *nomenclatura*: la oligarquía industrial de los ministerios y la oligarquía política de las repúblicas. Por debajo, una intelectualidad y unos cuadros medios disconformes, y unas masas populares desmoralizadas por la penuria y la corrupción, carecían de alternativa y de capacidad de gestión política. Gorbachov quiso ganarse al pueblo merced a los intelectuales y a estos con la apertura cultural (*glasnost*), y purgar la élite ministerial-gerencial reemplazándola con jóvenes tecnócratas (*perestroika*) para hacer competitiva la economía soviética e integrarla con el resto de Europa. Los *aparatchik* dieron un golpe de estado que logró derribarle, pero la reacción popular y la pasividad de las fuerzas armadas sembraron el pánico entre ellos y se

produjo un caos. Ante la incapacidad política de las «capas medias» fueron los jefes de las repúblicas quienes se hicieron con el gobierno y, junto a algunos antiguos dirigentes económicos, dominaron y se lucraron con la privatización de la economía. Nada de eso era necesario, como evidencia la comparación con otros países socialistas como China o Cuba.

Este caso puede ser un término de comparación que sugiera mecanismos plausibles en el contexto de una futura crisis de la economía política capitalista. Recuérdese, por ejemplo, cómo a finales de 2008, cuando las élites político-económicas globales estaban al borde del pánico por la crisis financiera, el presidente francés Nicolas Sarkozy declaró que había que «refundar» el capitalismo. Un mes después la UE asumió la idea, creó un grupo de trabajo... y comenzó a diseñar los rescates bancarios y los planes de ajuste y austeridad para los países muy endeudados.

Michael Mann no concede un rol determinante a la economía (por ejemplo, las crisis de 1929 y 2008 tuvieron también causas no económicas que de ser distintas habrían dado resultados diferentes). Para él, la historia nace de cuatro redes de poder (económica, política, ideológica y militar), cada una con dinámicas intrínsecas relativamente predecibles, pero que interactúan de forma asistemática, haciendo impredecible su resultado, salvo sus rasgos más amplios. El capitalismo no sufre ninguna contradicción autodestructiva: puede vivir por lo menos otro ciclo de crecimiento basado en bajos salarios en diversos países de África, algo que puede estar iniciándose ahora mismo, por ejemplo, y no faltan áreas pobres en el mundo que, con infraestructuras y servicios mínimamente apropiados, no puedan ser incorporadas a la dinámica de crecimiento global.

De otro lado, aunque los ingresos de algunas clases medias (empleados, funcionarios, profesionales autónomos, pequeños y medianos comerciantes e industriales) disminuyan hasta casi asimilarse a los de la clase obrera, la formación de capital puede continuar. Los factores necesarios para ello son que la tecnología continúe aumentando la productividad de los factores y que la política económica, los gastos y las inversiones del Estado garanticen que, bien desde el erario, bien desde las empresas, el excedente social no se atesore, sino que se convierta en demanda efectiva agregada que mantenga la actividad.

Mientras fluyan los recursos y el sistema crezca, puede extenderse a todo el planeta, sosteniendo diversas sociedades, unas menos desiguales y otras más. Conviene recordar, además, que ha habido numerosas sociedades muy desiguales que se han mantenido estables durante largos periodos históricos, siempre que la élite social ha mantenido el control de un aparato ideológico y represivo efectivo. No desembocan necesariamente en situaciones revolucionarias. Por el contrario, este es un desenlace muy infrecuente.

Pero una crisis nuclear provocada por «Estados canallas» o terroristas podría impedirlo, y con certeza lo harán, entre 2050 y 2100, la escasez de energía y materias primas esenciales y el cambio climático, si no se adoptan medidas preventivas adecuadas (que Mann cree improbables por la tendencia al aumento del consumo de Estados, empresas e individuos). El resultado serán gobiernos más intervencionistas que deberán restaurar la sostenibilidad de la economía. Dónde y en qué medida serán capitalistas o socialistas, demócratas o autoritarios es impredecible: dependerá de la capacidad organizativa de las capas sociales dominantes y los descontentos con la situación en los momentos críticos de su conflicto por la dirección de la transformación.

Para Craig Calhoun, el capitalismo perdurará, evolucionará despacio a otra forma económica o pervivirá como una fracción limitada de esta en función de su propia dinámica y de su interacción con los factores de riesgo que contiene. Entre estos destacan, junto a las

crisis de sobreacumulación o subconsumo de la economía real, la autodestructiva elefantiasis de la financiera (demanda de legislación tolerante con la toma de riesgos y el apalancamiento excesivos, y firmas «demasiado grandes para quebrar» que gestionan sin prudencia instrumentos financieros opacos).

Un factor no económico es la tendencia del capitalista individual a externalizar costes socio-financieros (contener o reducir los salarios directos y/o recortar plantillas por sistema) y a la vez resistirse a costear su socialización —más aún en situación de competencia aguda o crisis (exigir rebajas fiscales y subvenciones, deslocalizar actividad y desviar capital a paraísos fiscales)—. Para evitar la crisis fiscal, eso obliga a reducir gasto público en infraestructuras, investigación y Estado de bienestar, causando una crisis de solidaridad social. Otros factores son la degradación medioambiental, que constriñe la magnitud y composición del sistema económico; la amenaza de guerras y la rivalidad del sector sumergido, y aún más del delincuente (gran evasión fiscal y tráfico ilegales), con gran incidencia en la corrupción política.

El capitalismo se transformará en las próximas décadas conforme a su respuesta a los riesgos que derivan de su tendencia a externalizar sus costes humanos, ecológicos y financieros. Si su capacidad de producir y distribuir riqueza eficiente y equitativamente empeora (si hechos como el doble enriquecimiento de la élite financiera mediante la burbuja y el posterior rescate se repiten), el capitalismo puede sufrir una crisis de legitimidad —aunque aún no hay movimientos sociales que movilicen con efectividad el descontento, formulen alternativas y organicen cuadros capaces de implementarlas—. El futuro está abierto al cambio, pero su coste social y ecológico, cuando ocurra, es impredecible.

En suma, los autores afirman que el capitalismo sufrirá una doble crisis, técnica y de legitimidad, cuando su tendencia a externalizar su creciente coste social y ecológico cause dificultades de autorreproducción que impidan ofrecer empleo seguro, carreras predecibles y bienestar social a amplias capas sociales —o la promesa verosímil de lograrlo—. Como consecuencia, cabe prever un gran aumento del control central de la economía —pero no la forma política que lo gobierne, ni los movimientos políticos o el grado de violencia de la transición—. Los autores discrepan sobre el inicio, la duración y la causa principal de esta, pero no sobre su final: un capitalismo totalmente distinto u otro sistema económico. La pregunta es: ¿logrará el capitalismo racionalizarse antes de superar sus umbrales de sostenibilidad social y ecológica irreversible y catastróficamente? La situación, dicen los autores, «demanda una estrategia consciente de transformación sistémica».

El resultado de la transformación depende del conflicto sobre propuestas estratégicas rivales, y este de las visiones y voluntades políticas que concurren en la transición. En esta pueden surgir formas autoritarias de organización y administración económica, pero también la oportunidad de reordenarlas de modo más democrático, socialmente justo y ecológicamente viable. Para los autores, este es el punto cenital del libro: en la introducción afirman que «el optimismo es una condición histórica necesaria para movilizar la energía emocional de un mundo que debe elegir entre oportunidades estructurales divergentes».

Finalmente, los autores subrayan que el conocimiento de las tendencias puede ayudar a prevenir algunas de las desastrosas consecuencias que sus teorías pronostican si no cambia el rumbo gerencial y político del capitalismo. Por eso su conclusión sugiere varias líneas de investigación. ¿Puede el capitalismo cubrir sus costes económicos/ecológicos y sociopolíticos? Si no es así, ¿qué formas alternativas de organización de los mercados surgirán; qué variantes y combinaciones de mecanismos político-económicos socialistas y capitalistas? ¿Cuál será el papel del Estado? ¿Aparecerán nuevos movimientos ideológicos? ¿Cómo cam-

biarán los tradicionales? ¿Surgirá una nueva arena de gobernabilidad global? Convendrá detectar las dinámicas de transición emergentes cuasi-simultáneas a varios niveles, aclarar las circunstancias, e identificar posibilidades de acción colectiva cuya ventana de oportunidad puede ser fugaz. En un marco de incertidumbre que puede exacerbar la ansiedad y el conflicto, es vital también estudiar las condiciones causales y preventivas de la violencia colectiva para contribuir a una transición gobernada por procesos democráticos pacíficos.

Por todo lo expuesto hasta aquí cabe concluir que este es un texto de gran calado teórico que merece un amplio debate y que probablemente active una necesaria línea de investigación del máximo alcance.

Juan Manuel Iranzo Amatriáin
jmia1706@hotmail.es

The Robotics Divide. A New Frontier in the 21st Century?

A. López Peláez (ed.)

(London, Springer, 2014)

No es fruto del azar que la prestigiosa editorial Springer haya publicado un libro coordinado por un profesor español. Antonio López Peláez se ha convertido por méritos propios en una referencia dentro de los estudios sobre ciencia, tecnología y futuro, y el libro por él editado que aquí se presenta es un buen ejemplo de ello. Quizá el principal acierto de *The Robotics Divide...* sea su vocación interdisciplinar, que en este caso no es un peaje a una moda, como en tantos otros, sino un ejercicio de coherencia y auténtico afán de conocimiento. Para ello ha reunido a investigadores de prestigio en las principales áreas que pueden arrojar luz sobre el análisis de los cambios tecnológicos, particularmente los que están generando la *brecha robótica*, y su eventual evolución. Así la robótica avanzada, la informática, la economía, la sociología, la psicología y el trabajo social son áreas que contribuyen al análisis.

Pero quizá un breve repaso al panorama actual del campo nos sitúe mejor en el interés de esta obra. La institucionalización de la ciencia, especialmente a partir de la Segunda Guerra Mundial, y la importancia de las políticas científico-tecnológicas como políticas estratégicas, tienen mucho que ver con el proceso de desarrollo de la sociología de la ciencia y la tecnología, que ha alcanzado ya un notable grado de madurez en España (González de la Fe y López Peláez, 2011). Dentro del extenso campo temático de la sociología de la ciencia y la tecnología, los llamados *Future Studies* se han convertido en un área con un desarrollo notable, vinculado con instituciones de investigación prospectiva. Los programas de desarrollo científico tecnológico, y aquellos de evaluación de tecnologías, son muestra de ello. Desde una perspectiva académica se pueden destacar revistas de investigación con el máximo nivel de impacto, como son *Technological Forecasting and Social Change*, o *Futures*, en las que se publican las mejores investigaciones en este campo.

Hoy en día, en el ámbito de la toma de decisiones políticas, económicas y tecnológicas, los análisis de tendencias y la evaluación de los escenarios alternativos se utilizan como herramientas fundamentales. El desarrollo tecnológico se analiza como una variable básica